

SERMON DE RADJAGRÍA

—Los que sufrís tribulaciones en la vida, los que tenéis que luchar duramente y padecer, los que aspiráis a una vida de verdad y de paz, regocijaos con mi enseñanza.

—Mirad a vuestro alrededor y contemplad la vida: Todo es pasajero, nada dura. Aquí no hay felicidad genuina. La gloria del mundo es similar a una delicada flor: por la mañana se abre a un mundo de rutilante belleza y saluda al Sol.

—En la tarde, el mismo ardiente Sol que le dio la vida la quema. Por la noche se marchita y muere.

—Donde quiera que miréis está el acoso y el empuje obligante. El deseo presiona y el miedo empuja con impelente fuerza; así todos caen en la trampa del dolor. La muerte lanza a los seres hacia un nuevo nacimiento y la cruel historia se repite indefinidamente.

—El mundo es una feria de vanidades y exquisiteces que envuelven al hombre desprevenido en la red del sufrimiento. Todos los objetos del mundo son vanidad y no producen felicidad duradera.

—Todos se esfuerzan en atesorar riquezas pero aquí nada es permanente y todo es inestable. Nadie logra el descanso en la vejez; las dolencias lo hacen mover y nunca cesará la angustia. Sus planes de obtener reposo serán alterados.

—He visto la vanidad de la dicha en el mundo y he encontrado la solución en algo que no perece y permanece siempre. Quienes desean ávidamente las riquezas, venid y recibiréis tesoros eternos que llevaréis consigo más allá de la muerte y mucho más.

—Apresuraos a hacer el bien, que lo hagan muchas veces y vuestras buenas acciones resonarán en el corazón del Universo como una catarata abismal de mil ecos.

Así como esperáis comprensión de los demás, disimulad con sabiduría las imperfecciones ajenas. Quizás ellos necesiten de tu luz.

—Existe en el interior de nuestras almas una llama que nos conduce por senderos apacibles de paz y compasión... no insistamos en apagarla.

—Si somos puros como el cristal del arroyuelo estaremos en posesión de la verdad, y ya no habrá más renacer, ni enfermedad, ni dolor, ni muerte. Los que deseáis ávidamente las efímeras riquezas venid y recibiréis el tesoro eterno de la verdad.

—Se os ha dicho que haciendo sacrificios a los dioses ellos perdonarán vuestros pecados. Nada ni nadie pueden impedir los resultados de una buena o mala acción.

—Nada en el Universo podrá detenerlo ni aun los dioses que observan, impotentes, cómo la causa produce naturalmente, y sin titubeos, el efecto bueno o malo en el ser que originó un hecho.

UN CASO INSOLITO

Mientras Buda continuaba su plática, se notó una algarabía en la multitud. Algo produjo un gran alborozo.

Un hombre gritaba con su boca llena de amargura; y, desesperado, repartía abundante dinero entre los presentes hasta llegar a quedarse sin nada. Se abrió paso entre la muchedumbre hasta que difícilmente llegó donde se encontraba el Sublime. Cayó de rodillas ante él, besó sus pies y dijo sollozante:



— ¡Perdóname gran maestro! Te he vendido, a tu padre, por monedas de oro. Él vendrá por ti, te encerrará en un socavón como hizo conmigo; llama a tu celeste caballo negro y huye pronto hacia los cielos, gran príncipe, y no te olvides de mí.

Buda le sonrió vivamente y, con una compasión tierna y desgarradora, le dijo:

—Baltika, yo sabía que vendrías porque, aunque creíste haberte alejado de mí, yo siempre he estado contigo.

—Al escuchar esto el domador de caballos no pudo contener un estremecimiento y estalló en llanto. Sollozante, difícilmente pudo suplicarle a Buda:

—Acéptame en la orden; como sólo sé hacer tareas inferiores seré el más inferior de todos.

—Buda le dijo:

—Quien ejecuta una labor inferior no por eso es un hombre inferior: Es tan grande quien arranca barro de la tierra para hacer un palacio como el rey que lo habitará luego. Aún el rey más poderoso no comería, si el labrador más humilde no labrase.

—La ley santa premia a los seres, no por la naturaleza de sus deberes sino por el espíritu que pone al efectuarlos. El manzano no será juzgado como si fuese un roble ni la humilde hierba es menos que el gigantesco ciprés.

—El océano es grande porque recibe con el mismo amor al caudaloso río como al sencillo arroyuelo. Los que se creen superiores deben tener en cuenta que, entre más ignorante es un hombre, menos valora a los demás.

— ¡Baltika! —Terminó consolándolo Buda—: El hombre que cae y se levanta es más grande que aquel que nunca ha caído.

—Ya no serás más un domador de caballos. has sabido domar tu voluntad. —Al oír esto, Baltika sintió una fuerza irresistible que conmovió su alma haciéndola salir de su fantasía.

Recordemos que Baltika, cuando reconoció a Buda por vez primera, se estrelló con la ambición, y se desvió. Cuando fue capturado por el rey, se chocó contra el infierno; y, esta vez, se estrelló con el cielo.

Un huracán de luz iluminó su mente y sintió la poesía arrolladora de la Conciencia Cósmica. Llegó a ser uno de los mejores discípulos del Gautama; y, al final, conquistó el Nirvana.

El caso de Baltika nos enseña que el alma puede cambiar. Todos podemos estrenar un alma nueva. No importa los problemas o supuestos defectos o vicios que tengamos, ni los errores que hayamos cometido en la vida, por grandes que pueden parecer.

El dicho que reza: "Es que yo soy así", no tiene fundamento. El alma no es permanente. Evidentemente nos mantenemos en constante cambio; todos podemos cambiar de ruta —si queremos—. El mismo Cristo lo ratificó cuando dijo: "Cuando el hombre se arrepiente y deja sus antiguos proceder es un hombre nuevo".

Todos somos dioses en potencia y, no importa la débil cáscara de carne en que estamos encerrados; debemos buscar en nuestro interior el poder de nuestra naturaleza divina que insiste en brillar.

Todos podemos librarnos de las garras del destino si hacemos un cambio a tiempo. El karma te encontrará allí donde te creas más seguro, porque como se vive se muere.

Conviértete en lo que eres, todos podemos seguir las enseñanzas del Buda, así continuemos siendo de otra religión, pues lo que el Iluminado señaló fue un camino, un modo de vida que todos podemos seguir, y conduce al fin del sufrimiento.

LA GRAN TRAICIÓN

En tanto transcurría el sermón de Radjagría, Devadata, roído por la envidia y temblando de cólera, decidió ir por sus discípulos y llevarlos donde se encontraba la multitud para hacer desorden y proclamarse como gran maestro.

La sed del desierto era poca comparada la sed de prestigio que le deshidrataba el alma.

Cuando llegó al sitio donde mantenía cautivos a sus seguidores notó que sólo se encontraban unos pocos mendigos que casi no se podían mover, acabados por el hambre y la austeridad que él les había impuesto. El resto se encontraba escuchando las palabras del Buda.

Montó entonces en una cólera asesina y elaboró un plan macabro para acabar con Sidarta. A este peligro se sumaba la idea de Bimbisara de encadenar al Perfecto después de su sermón, esclavizarlo, someter al rey Sudodana y humillar a Yasodara, la fiel esposa de Sidarta.

En tanto esto ocurría, Buda terminaba su plática con estas palabras:

—Jamás se acabará la violencia con más violencia. Quienes ganan la guerra cosechan odios gigantes, y quienes pierden sufren inmensas penas.

—Quienes construyen la felicidad sobre la infelicidad de los demás quedarán atados al sufrimiento para siempre.

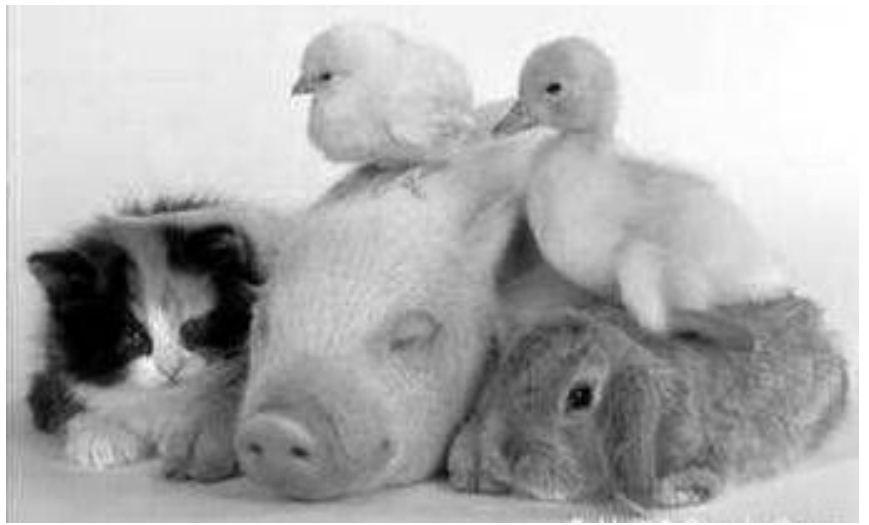


—Si vosotros os veis así mismos en los demás, ¿A quién podréis hacer daño? Aquellos que buscan la felicidad haciendo daño a los demás no la hallarán nunca para ellos mismos.

—Alcanza a felicidad después de la muerte aquel que al buscar la felicidad no hace sufrir con violencia a los seres que también desean la felicidad y la vida, ya sean hombres, animales, árboles... (Ver el libro: *EL PRIVILEGIO DE SER VEGETARIANO.*)

—Aun el malo posee felicidad mientras no maduran sus faltas; pero cuando maduran el ambicioso encuentra su desdicha.

—No obstante el bueno padece desdicha mientras no maduran sus buenas acciones; pero cuando maduran entonces el bueno alcanza la felicidad.



—Ni flotando en el aire, ni en medio del mar, ni dentro de una cueva en la montaña se encuentra el lugar seguro en el cual el malo no sea perseguido por las consecuencias de sus malas acciones.

—Quienes siembran guerras el dolor los alcanzará aquí o en cualquier mundo habitado.

—Por tanto, ¡OH! Seres sinceros que me escucháis: para evitar las consecuencias tan dolorosas que producen la violencia contra otros seres, es mejor renunciar a las efímeras glorias que deja la ambición desmedida de acaparar para el futuro.

—Vivan el presente ya que todo lo que está por venir se asienta en un terreno inseguro. La vida del más fuerte es hoja seca que arrastra el viento de la muerte. La vida futura es dudosa, la pasada es irrevocable; sólo somos dueños del presente para cambiar.

—El mal no existe para quien no hace daño y quienes han roto todos los lazos y se han desligado de todas las preocupaciones del corazón viven serenos y felices porque han obtenido la paz del alma.

Dirigiéndose al rey y a sus ministros, Buda terminó sus sabias enseñanzas diciéndoles:

—En ninguna guerra el hombre ha logrado derrotar el hambre; además, si en la guerra se muere y se mata, ¿Cómo es posible hablar de triunfo?

—La violencia no es una fuerza sino una demencia. Triunfador no es el que vence a los demás sino el que se vence a sí mismo superando sus vicios y arreglando sus problemas...

—Apresuraos a reinar con equidad; porque allí donde la justicia carece de fuerza, reinará la fuerza sin justicia.

La guerra es un nombre para encubrir la desnudez del crimen; y aquellos pelean por su país quieren su patria pero odian el mundo.

—Y, a los que no se sacian al poseerlo todo, les diré que les bastarán unos cuantos pies de tierra a quienes el mundo no les fue suficiente. La multitud hizo silencio. Nadie se atrevió a hablar y menos a moverse.

Buda tenía la verdad en sus labios y no le faltaba fuerza en su lengua para convencer. Todos percibían fácilmente los efluvios luminosos de su alma. Su mano era tan amigable como un tibio rayo de Sol. Conmovía con la sencillez de sus expresiones, y cautivaba con la dulzura de su mirada.

EL PODEROSO REY ENEMIGO ACTUÓ

No se sabe qué cosa grandiosa pasó por la mente del rey Bimbisara y, en el breve espacio de un relámpago, su alma cambió el rumbo que llevaba. Luces extrañas brillaron en su mente. Súbitamente se despojó de su onerosa grandeza y dijo:

— ¡Existen seres cálidos que luchan contra la frialdad del mundo! ¡Me acojo al Buda. Desde hoy será mi maestro y seguiré fielmente sus pasos.

—Renunciaré a mis deseos egoístas y quiero sembrar la paz entre los reinos vecinos terminando con las guerras que por siglos nuestras generaciones de guerreros han mantenido.

—Porque cuando las palabras de paz no cruzan las fronteras, los ejércitos sí las cruzan; y la verdad del Buda sería la primera víctima de la guerra. —Aunque creo que la verdad encadenada puede volar más alto que la mentira libre.

Un rugido ensordecedor brotó de la multitud. El rey se dirigió hacia el sabio Muni y, en un acto supremo de humildad, lo reverenció. No obstante aprovechó para preguntarle en voz baja:

—Gran sabio: ¿Es necesario que un rey renuncie a su corona para alcanzar la paz?

—Buda le respondió:

—Un hombre puede ocupar un trono y hallarse completamente desligado. Otro puede vestir harapos y encontrarse ligado al mundo. Por ello debes amar la acción, mas no los frutos de la acción.

— ¿Les pedirás cuenta a tus hijos por lo que les habéis dado? ¡No! Los padres deben cumplir su obligación con denuedo sin esperar retribución, eso es todo.

—Cada acción buena que hacemos sin pedir recompensa, en vez de forjar nuevas cadenas, romperá uno de los eslabones ya existentes, terminó diciendo Buda y aprovechó para proponerle al rey:

—Mi invitación es que visitemos juntos a mi padre.

— ¿Qué cosa has dicho? —Sobresaltado. Respondió es rey y agregó—: será la oportunidad para esclavizarme de inmediato.

— ¡No lo hará! —Le aseguró Buda—. Tú no lo hiciste conmigo teniendo la oportunidad, mi padre tampoco lo hará contigo. La abeja no pica si no es molestada. Palabras suaves pueden abrir cerraduras fuertes.

—Ahora los más poderosos reyes se conquistarán mutuamente sin armas, sin violencia, únicamente con la semilla de la buena voluntad, sin pérdida para ninguno, mas sí con ganancia para los dos.

—De nuestros errores brotan verdades—Aseguró el sabio descendiente de los Sakias—. Y aquí le volvieron a servir las enseñanzas que Koti le indicó cuando tenía ocho años:

“Si tu mano es amable y tus palabras tiernas, podrás conducir a un rinoceronte con un cabello”.

Se comprobó que la fuerza del ejemplo es la que convence más en este mundo.

Una vez hubo terminado ese histórico diálogo con éxito, el enigmático y fuerte hombre que se hallaba ubicado muy cerca del rey y Buda, distensionó sus puños de acero y se mezcló con la multitud.

www.magnumastron.org